

473

Omar Cancino Robles*

Las pieles se resisten más que el papel a la tinta, que las pieles bajo el sol sudan, se expanden, se raspan, se cortan, se erizan y se ruborizan; las pieles, casi siempre (o casi nunca), están vivas.

Conviene empezar al lado de mi ombligo, porque fácilmente podría cubrirlo con mi camisa, no como en los brazos, expuestos al sol mediático de los días más calurosos, y a las cámaras insolentes, o insoladoras.

"Omar Cancino Robles"

Tenía que rayarme la identidad hasta que se adhiriera la tinta, y se enrojeciera mi piel.

"Papá: 311..."

311. La lada tres once, que siempre eludía a los cajeros de los oxxos de Guanajuato, me recordaba a mi casa, un símbolo de foraneidad, de origen, me gustaba conservar mi número nayarita, aunque esas cosas al fin nunca importen, o solo le importen a uno.

"Mamá: 311...127..."

El 127 a mitad del número de mi mamá me hacía recordar mi casa en Tepic, en la que crecí, numerada igual, 127, caprichosa entre una calle de no más de veinte casas, donde aún existe una cama sobre la cual tal vez nunca volviera a dormir.

La tinta en mi cuerpo me hirió más que si me escribiera con una navaja, y bien pudiera haber visto en el texto una herida sangrante, que me lastimaba en lugares más hondos, que me laceraba las tripas, que sienten más que el corazón, y resienten, en verdad resienten, vuelven a sentir, los miedos, enojos, tristezas, y ese amor intenso, por todos los otros que llevan la tinta en su cuerpo, sus nombres secretos, innecesarios entre nosotros; las tripas re(contra)sienten la inmensa ternura. ¿Qué tan revueltas estarán sus tripas?

Vi los nombres, los números, no me preocupó que estuvieran escritos boca abajo si se les miraba de frente, su-

* **Estudiante de Licenciatura en Música (Composición) en la División de Arquitectura, Arte y Diseño, Universidad de Guanajuato, Campus Guanajuato.**

Había que salir.
Había que salir y
gritar.

puse, no sin derramar una lágrima tímida por ese razonamiento, que si la nota llegaba a leerse, mi cuerpo debiera estar seguramente tirado, inerte, los nombres mirando hacia el cielo, o al suelo, y no tomaría más que pocos pasos, o un leve empujón con el pie y un jalón de la ropa, para que la nota quedase en una posición cómoda para leerse; para que se sepa quién ha de llorar este cuerpo; por ello, tan sólo por ello, había que llevar un presagio de muerte rayado en la piel, como símbolo de la verdadera patria, escrito entre vellos rebeldes, junto a los tatuajes, junto a la pintura en los rostros teñidos de enojo, por sobre la sangre roja que ya no aguantamos hervir.

Había que salir. Había que salir y gritar. Había que salir a gritar por quienes se llevaron. Había que salir a gritar, con toda la piel, por quienes no habían vuelto, o no volverían. Había que salir a gritar, mamá, papá, que si no volvemos jamás a abrazarnos, los llevo en mi piel; que si no volvemos a vernos jamás, fue el estado.